



Visita al territorio de Bernhard Schlink



La Escalera

Lugar de lecturas

Primera parte

1

Tal vez vea usted el cuadro algún día. Desaparecido durante mucho tiempo, ha vuelto a aparecer de pronto... Todos los museos querrán exhibirlo. En estos momentos Karl Schwind es el pintor más famoso y más cotizado del mundo. Cuando cumplió setenta años apareció en todos los periódicos y en todos los canales de televisión; aunque tuve que mirarlo un buen rato hasta reconocer en aquel hombre mayor al joven que fue.

El cuadro lo reconocí de inmediato. Entré en la última sala de la Art Gallery y allí estaba colgado, y me conmovió tanto como entonces, cuando entré en el salón de la Mansión Gundlach y lo vi por primera vez.

Una mujer baja una escalera. El pie derecho se apoya en el último escalón, el izquierdo aún toca el escalón superior, pero ya se prepara a dar el siguiente paso. La mujer está desnuda, su cuerpo es pálido, el vello del pubis y el cabello son rubios y el cabello brilla al resplandor de una luz. Desnuda, pálida, rubia... Ante el fondo gris verdoso de una escalera y unas paredes difusas, se presenta al observador con una levedad en suspenso. Al mismo tiempo, con sus piernas largas, sus caderas redondeadas y plenas y sus firmes pechos tiene un peso sensual.

Me acerqué al cuadro despacio. Estaba turbado, igual que entonces. En aquel entonces me sentí turbado porque la mujer que había estado sentada frente a mí en mi despacho el día anterior, con unos vaqueros, un top y una chaqueta, aparecía desnuda en el cuadro. Ahora estaba turbado porque el cuadro me recordaba lo que

entonces había sucedido, en lo que entonces me había metido y lo que, acto seguido, había borrado de mi memoria.

Mujer bajando una escalera, decía un cartel al lado del cuadro, y también que se trataba de un préstamo. Encontré al conservador del museo y le pregunté quién se lo había prestado a la Art Gallery. Me dijo que no podía darme el nombre. Le dije que conocía a la mujer del cuadro y al propietario, y que le podía vaticinar que habría disputas sobre su propiedad. Frunció el ceño, pero insistió en que no podía darme el nombre.

2

Tenía la reserva del vuelo de regreso a Frankfurt para el jueves por la tarde. Como acabé las gestiones que debía llevar a cabo en Sidney el miércoles por la mañana, podría haber cambiado la reserva para esa misma tarde, pero me apetecía pasar el resto del día en el Jardín Botánico.

Quería comer allí, tumbarme en la hierba y asistir a *Carmen*, en la Ópera, a última hora de la tarde. Me gusta el Jardín Botánico, que limita al norte con una catedral y al sur con la Ópera, en la que están enclavados la Art Gallery y el Conservatorio, y desde cuyas colinas la vista se extiende hasta la bahía. En el Jardín Botánico hay un palmeral, una rosaleda, un herbario, estanques, pabellones, esculturas y muchas praderas con árboles centenarios, abuelos con nietos, mujeres solas y hombres con sus perros, grupos de personas haciendo picnic, parejas de enamorados, lectores y gente que duerme. En la galería del restaurante que hay en medio del Jardín Botánico el tiempo se ha detenido: viejas columnas de hierro, una vieja barandilla forjada, una vista de árboles con zorros voladores y un pozo con pájaros de alas multicolores y largos picos curvados.

Pedí la comida y llamé a mi colega. Él se había encargado de preparar la asociación empresarial por la parte australiana y yo por la parte alemana. Como suele suceder en las asociaciones de este tipo, éramos a la vez socios y rivales. Pero teníamos aproximadamente la misma edad, los dos éramos socios senior de uno de los últimos grandes bufetes que aún no habían sido adquiridos por los americanos o los ingleses, los dos estábamos

viudos, y nos caímos bien. Le pregunté por la agencia de detectives con la que solía trabajar su bufete y me dio el nombre.

—¿Algún problema en el que podamos ayudarle?

—No, sólo una vieja curiosidad que quisiera satisfacer.

Llamé a la agencia de detectives. Dije que quería saber a quién pertenecía el cuadro de Karl Schwind de la Art Gallery de Nueva Gales del Sur, y que si vivía en Australia una tal Irene Gundlach o una Irene que en otro tiempo se hubiera apellidado Gundlach. El jefe de la agencia de detectives esperaba poder contestarme en unos días. Le ofrecí una prima si conseguía el dato para la mañana siguiente. Se rió: o conseguía la información en la Art Gallery aquel mismo día o le llevaría algunos días, con prima o sin prima. Dijo que me llamaría.

Luego llegó la comida. Para acompañarla había pedido una botella de vino, que no pretendía beberme entera, pero que me bebí. De vez en cuando, los zorros voladores se despertaban, todos al mismo tiempo, y volaban ruidosamente desde las ramas alrededor de los árboles, volvían a colgarse de las ramas y a envolverse en sus alas. De vez en cuando, uno de los pájaros multicolores del pozo lanzaba un grito. De vez en cuando, también gritaba un niño o ladraba un perro o me llegaba el sonido de las voces de un grupo de japoneses como el gorjeo de una bandada de pájaros. Y, de vez en cuando, sólo oía el canto de las cigarras.

En la pendiente que hay por debajo del Conservatorio me tumbé en la hierba. Con traje. La idea, que siempre me había espantado, de andar luego por ahí con el traje arrugado y tal vez sucio no me asustó. Y, después, me resultó indiferente lo que pudiera aguardarme en Alemania. No había nada de lo que yo no pudiera desistir ni nada en lo que no se pudiera prescindir de mí. En todo lo que tenía por delante era sustituible. Lo único en lo que era insustituible era lo que quedaba atrás.

3

En realidad, yo no quería ser abogado sino juez. Obtuve la nota exigida en el examen, sabía que hacían falta jueces, estaba dispuesto a trasladarme a donde se me necesitase y consideraba la entrevista en el Ministerio de Justicia una mera formalidad. Fue un día por la tarde.

El encargado del personal era un hombre mayor de ojos bondadosos.

—Acabó usted el bachillerato a los diecisiete años; hizo el primer examen a los veintiuno y el segundo a los veintitrés... Nunca había tenido un aspirante tan joven y, rara vez, uno tan preparado.

Me sentía orgulloso de mis buenas notas y de mi juventud, pero quería causar una impresión muy precisa.

—Me escolarizaron antes de tiempo y con el cambio de semestres de primavera y otoño me salté dos medios cursos.

Asintió.

—Dos medios cursos de regalo. Y otro medio curso más porque, después del primer examen, no tuvo que esperar, sino que obtuvo la licenciatura de inmediato. Tiene usted un buen saldo de tiempo a su favor.

—No le entiendo...

—¿No? —me dijo con una mirada apacible—. Si empieza a trabajar el mes que viene, se pasará cuarenta y dos años juzgando a los demás. Usted estará sentado arriba y los demás abajo. Usted los escuchará, hablará con ellos, alguna vez les sonreirá, pero al final decidirá, desde arriba, quién tiene la razón y quién no la tiene, y quién pierde su libertad y quién la conserva. ¿Es eso lo que quiere?

¿Estar sentado ahí arriba durante cuarenta y dos años y tener razón durante cuarenta y dos años? ¿Cree que eso será bueno para usted?

No sabía qué decir. Sí, me gustaba la idea de estar sentado arriba, ejerciendo de juez, y tratar a los demás con imparcialidad y decidir con imparcialidad sobre ellos. ¿Por qué no durante cuarenta y dos años?

Cerró el acta que tenía delante.

—Naturalmente que le contrataremos, si de verdad es lo que quiere. Pero no le contrataré hoy. Vuelva la semana que viene y mi sucesor le hará el contrato. O vuelva usted dentro de un año y medio, cuando haya aprovechado ese saldo de tiempo a su favor. O dentro de cinco años, cuando haya visto el mundo de la justicia desde abajo, ejerciendo como abogado o consultor jurídico o comisario de la brigada judicial.

Se levantó y yo también me levanté, confuso y perplejo; observé cómo sacaba el abrigo del armario y se lo echaba al brazo; salí con él de la habitación, recorrimos el pasillo, bajamos la escalera y nos encontramos por fin en la calle, delante del Ministerio.

—¿Nota usted el verano en el aire? Dentro de poco tendremos días cálidos, anocheceres templados y tormentas calurosas. —Sonrió—. ¡Vaya usted con Dios!

Me sentí humillado. ¿No me querían allí? Pues entonces yo tampoco los quería a ellos. Me hice abogado no por el consejo de aquel anciano caballero sino contra él. Me fui a Frankfurt, entré en Karchinger y Kunze, un bufete de cinco personas, y al tiempo que realizaba mi trabajo de abogado escribí la tesis doctoral. Tres años después, me convertí en socio del despacho. Era el socio más joven de los bufetes de Frankfurt y me sentía orgulloso de ello. Karchinger y Kunze habían sido compañeros de colegio y universidad. Kunze no tenía mujer ni hijos y Karchinger tenía una mujer renana de carácter alegre y un hijo de mi edad que, con el tiempo, habría de ocupar un puesto en el bufete, pero que batallaba entonces con sus estudios y al que yo prepararé para el examen final.

Afortunadamente nos llevábamos y nos seguimos llevando bien. Hoy en día es sénior, como yo, y lo que le falta en competencia jurídica lo compensa con habilidad social. Ha conseguido importantes clientes y también es mérito suyo que en la actualidad tengamos diecisiete socios jóvenes y treinta y ocho empleados.

4

Durante los primeros años me tocaron los casos en los que Karchinger y Kunze no tenían ningún interés, como el de un pintor que había acabado una obra de encargo, por la que ya se le había pagado, y que ahora tenía desavenencias con su cliente... Fue un caso que me adjudicó el socio gerente del bufete, un hombre experimentado, sin siquiera preguntar a Karchinger o a Kunze.

Karl Schwind no llegó solo. Con él, un hombre de treinta y pocos años, vino una mujer de veintipocos, y mientras que él, con su pelo desgreñado y sus pantalones de peto, encajaba perfectamente en aquel verano de 1968, ella, con su aspecto impoluto, resultaba extraña a su lado. Se movía con sosiego, me observaba con frialdad y, cuando el pintor se alteraba, le ponía una mano en el brazo.

—No quiere dejarme hacer fotos.

—Usted...

—La carpeta de mis obras se ha estropeado y tengo que volver a hacer fotos de algunas de ellas. Como sé quiénes me las han comprado, los llamo y ellos me permiten que pase por sus casas y haga las fotos. Se alegran de mi visita, pero él se niega.

—¿Por qué?

—No me dice por qué. Le he llamado por teléfono y me cuelga. Y cuando le escribo, no me contesta —dijo, levantando y bajando las manos, abriéndolas y cerrándolas. Tenía unas manos grandes, como todo lo demás: cuerpo, cara, ojos, nariz y boca—. Tengo mucho apego a mis cuadros. Se me hace casi insoportable tener que venderlos.

Le expliqué que la ley otorga al pintor que quiere realizar una copia el derecho de accesibilidad a su obra.

—Siempre que éste tenga un interés fundado y que no existan intereses fundados del propietario en contra. ¿Es posible que el propietario tenga alguna razón contra usted?

El pintor alzó la barbilla, apretó los labios y negó con la cabeza. Dirigí una mirada interrogante a la mujer y ella se encogió de hombros sonriendo. El pintor me dio el nombre del propietario del cuadro, Peter Gundlach, y su dirección en la mejor zona de la colina del Taunus.

—¿Cómo se le estropeó la carpeta? No es que eso importe, pero si pudiera aclarar cómo...

Volvió a interrumpirme y me sentó mal, como siempre me ocurría por aquel entonces cuando no lograba hacerme respetar como esperaba.

—Tuve un accidente y la carpeta se quemó con el coche.

—Espero que...

—A mí no me pasó nada, pero Irene quedó atrapada —dijo poniendo su mano sobre la pierna de la mujer— y sufrió quemaduras.

—Lo lamento.

—Nada serio y hace tiempo que está curada —dijo sacudiendo la cabeza.

5

Escribí a Gundlach, que me contestó de inmediato. Decía que había habido un malentendido y que, por supuesto, el pintor podía pasarse por su casa a hacer las fotos. Pasé su contestación a Schwind y consideré el asunto zanjado.

Pero, una semana después, Schwind volvió a aparecer. Estaba fuera de sí.

—¿Le ha negado el acceso a su casa?

—El cuadro está dañado. Parece como si él le hubiera pasado un mechero por encima.

—¿Él?

—Sí, Gundlach. Dice que ocurrió así, sin más. Pero no ocurrió así, sin más. Ha sido a propósito. Estoy seguro.

—¿Y ahora qué quiere usted hacer?

—¿Que qué quiero? —La mujer también lo acompañaba esta vez y, en ese momento, volvió a ponerle la mano en el brazo, pero, aun así, él elevó el tono de voz—. ¿Que qué quiero? Es mi cuadro. Tuve que venderlo y ahora está colgado en su casa, pero es mi cuadro. Quiero restaurarlo.

—¿Y se ha ofrecido usted para hacerlo?

—No me deja. Dice que a él no le importa ese pequeño desperfecto, que no quiere que yo entre en su casa y que el cuadro no sale de allí.

A mí aquella historia me resultaba un poco grotesca, pero los dos me miraban muy serios, así que les expliqué, muy serio, que la situación no era fácil desde el punto de vista legal, que tenía que darse una alteración previa; que dicha alteración tenía que

perjudicar los intereses del autor; que los intereses del autor sólo se consideraban susceptibles de ser protegidos en el caso de que un amplio círculo de personas fuera a ver la obra dañada y que, si el propietario de la obra la mantenía en su ámbito privado, podía hacer con ella lo que quisiera.

—Puedo escribir a Gundlach y darle algunos argumentos legales, pero si tenemos que ir a juicio, el asunto no tiene buena pinta. ¿Qué representa el cuadro?

—Una mujer que baja una escalera —dijo recorriendo el despacho con la vista—. Es un cuadro grande. ¿Ve usted la puerta? Pues un poco mayor.

—¿Una mujer concreta?

—Es... —Su tono se tornó insolente—. Era la mujer de Gundlach.

6

Gundlach volvió a contestar de inmediato. Decía que lamentaba el nuevo malentendido; que, por supuesto, estaba de acuerdo con que el pintor hiciera la restauración; que quién mejor que el propio pintor para restaurar la obra de arte dañada; que la obra no podía salir de su casa porque, en ese caso, perdería la cobertura del seguro, y que el pintor podía ir a su casa cuando quisiera. Volví a enviar la respuesta al interesado.

Me había picado la curiosidad, así que me metí en una librería y pregunté por obras sobre Karl Schwind. El Círculo de Bellas Artes de Frankfurt había organizado una exposición hacía unos años y había publicado un catálogo pequeño... Eso era todo. No entiendo nada de arte y no podía juzgar si los cuadros eran buenos o malos. Había cuadros de olas, de cielos y nubes, de árboles; los colores eran bonitos y todo estaba pintado con esa falta de nitidez con la que yo veo el mundo cuando no llevo puestas las gafas. Algo conocido pero borroso. En el catálogo se enumeraban las galerías en las que Schwind había expuesto y los premios que había ganado. No parecía un pintor fracasado ni tampoco uno consagrado; quizás fuera un artista emergente. Desde la contraportada me miraba, demasiado grande para el traje que llevaba, demasiado grande para la silla en la que estaba sentado, demasiado grande para la contraportada.

No había transcurrido ni una semana cuando volvió a mi despacho, acompañado de nuevo por la misma mujer. Era realmente grande, mucho más grande de lo que me había parecido en su primera visita. Yo mido un metro noventa, soy delgado, y

estaba entonces, como hoy, en buena forma física. Él no era más alto que yo, pero era tan fuerte y huesudo que, a su lado, me hacía sentirme casi bajito.

—Ha vuelto a hacerlo.

Me imaginé lo que había ocurrido, pero no me anticipó a mis clientes.

—¿Qué ha hecho?

—Gundlach ha vuelto a dañar el cuadro. Trabajé durante dos días en la pierna y al tercer día, cuando iba a terminarlo, encontré una gota de ácido en el pecho izquierdo. El color se ha desteñido, la pintura ha saltado, se han formado ampollas... Tengo que levantar, empastar y volver a pintar.

—¿Y qué ha dicho él?

—Que tenía que haber sido yo, que había encontrado entre mis cosas un frasquito con un líquido que apestaba igual que la gota del cuadro. Se empeña en que el cuadro ha de ser restaurado a mis expensas, pero no por mí, porque ya no le inspiro confianza —dijo, mirándome abrumado—. ¿Qué puedo hacer? No voy a permitir que otro toque mi cuadro.

—¿Está dispuesto a arreglar la nueva zona dañada? —pregunté, sin saber ya qué pensar de aquella historia.

—¿La zona? No es una zona, es el pecho izquierdo —dijo agarrando el pecho izquierdo de la mujer que estaba a su lado.

Yo me sentí incómodo, pero ella se rió, sin el menor asomo de bochorno o perplejidad, sino de buen humor, torciendo un poco la boca y con un hoyuelo en la mejilla. Era rubia y yo habría esperado de ella una risa más clara. Pero su risa era oscura y ronca, igual que su voz. Sólo dijo «¡Karl!», y lo dijo de un modo afectuoso, como dirigiéndose a un niño torpe e impulsivo.

—Me he ofrecido a restaurar el cuadro; incluso me he ofrecido a recomprárselo por el doble de su precio, si no queda otro remedio, pero no quiere. Dice que no quiere volver a verme.

7

En esa ocasión llamé a Gundlach por teléfono. Me respondió amable y pesaroso.

—No sé cómo ha podido ocurrirle este percance. Pero está fuera de toda duda que lo siente y que quiere volver a verlo en toda su belleza original. Eso quiero yo también y nadie puede restaurarlo mejor que él. Yo no le he hecho reproches ni le he retirado mi confianza. Es un tipo sumamente sensible. —Se rió—. Al menos, para hombres como usted o como yo. Quizá en el mundo de los artistas sea lo normal.

Schwind se sintió aliviado y abatido al mismo tiempo.

—Espero que todo salga bien.

Durante tres semanas no tuve noticias suyas. Durante tres semanas trabajó en el cuadro y pintó un nuevo pecho izquierdo. Cuando fue a dar los retoques finales, se encontró con que el cuadro se había caído por la noche, se había golpeado contra la mesita de hierro en la que estaban las pinturas y los pinceles y había sufrido un desgarro y algunos daños en los colores.

Gundlach me llamó fuera de sí.

—Primero, el ácido, y ahora, esto. Puede que sea un gran pintor, pero es un hombre tremadamente descuidado. No puedo obligarlo a que vuelva a restaurar el cuadro, pero gozo de algunas influencias y me aseguraré de que no reciba ningún encargo hasta que lo haya restaurado.

La amenaza no habría sido necesaria. Schwind, que apareció por mi despacho aquel mismo día, se mostró dispuesto a restaurar

el cuadro, incluso deseoso de hacerlo, aunque eso podía llevarle entre uno y dos meses. Pero también estaba desesperado.

—¿Y qué hago si después vuelve a hacerlo?

—¿Usted cree que...?

—Yo sé que fue él. ¿Cree usted que un pintor no sabe apoyar un cuadro en la pared de modo que no se caiga? No, ha sido él quien lo ha tirado, y el desgarro lo ha hecho con un cuchillo. Los bordes de la mesita son demasiado romos para haber causado ese desgarrón tan afilado en la tela. —Se rió con amargura—. ¿Sabe usted dónde se ha producido el desgarro? Aquí. —Esta vez no dirigió su mano a la mujer, que de nuevo lo acompañaba, sino a su propia barriga y a los genitales.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Por odio. Odia el cuadro que muestra a su mujer; odia a su mujer, que lo abandonó, y me odia a mí.

—¿Y por qué había de odiarlo a usted?

—Te odia porque lo abandoné por ti —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. No odia el cuadro. El cuadro le es absolutamente indiferente. Lo que quiere es tenerte allí y te tiene allí cuando daña el cuadro.

—¿Y, en vez de pelearse conmigo, daña el cuadro? Pero ¿qué clase de hombre es? —dijo, levantándose de pura indignación. Después, volvió a sentarse y dejó caer los hombros.

Yo intentaba comprender lo que acababa de oír. ¿Aquella mujer había posado como modelo para el pintor y se había escapado con él? ¿Había cambiado a un hombre mayor por uno joven? ¿Le había sacado al marido, con la separación, todo el jugo posible?

Pero ella no era asunto mío; él sí.

—Olvídese del cuadro y de él. No tiene nada contra usted desde el punto de vista legal, y yo no me tomaría en serio la amenaza de sus influencias. Dé por perdido el cuadro, aunque eso le duela. O vuelva a pintarlo... Supongo que para un pintor eso no será una propuesta humillante.

—No es una propuesta humillante. Pero no puedo olvidarme del cuadro. Y quizá... —Se había tranquilizado y el gesto de su rostro había cambiado. Perdió todo signo de desesperación, indignación y desprecio y se tornó infantil, y aquel hombre grande, con un rostro grande y unas manos grandes, nos miró lleno de confianza—. Bueno, puede que el desperfecto en la pierna se produjese realmente de forma fortuita. Cuando Gundlach lo vio, al principio dejó de gustarle el cuadro. Luego pensó que el daño le recordaba el cuerpo y que sin el recuerdo viviría más aliviado. Por eso dañó el cuadro en las siguientes ocasiones. Pero cuando vuelva a verlo en toda su belleza original, volverá a gustarle.

—A mí no me da la impresión de que Gundlach sea un hombre que se deje seducir por el arte —dije interrogando con la mirada a la mujer, pero ella no dijo nada; no asintió ni negó con un movimiento de cabeza, sino que lo miró a él, asombrada y amorosa, como si pudiera ver, feliz, en su alma infantil. Yo volví a intentarlo—. Se pone usted en sus manos. Puede dañar el cuadro una y otra vez. No podrá usted dedicarse a sus propias obras.

Me miró con gesto triste.

—No he pintado un solo cuadro en los últimos seis meses.

8

El pintor había estimado que la restauración del cuadro le llevaría entre uno y dos meses, y yo estaba seguro de que, después de eso, volvería a verlo en mi despacho. Pero el verano pasó y no se presentó. En octubre tuve un caso importante y no volví a pensar en él.

Hasta que una mañana el gerente del bufete me anunció la llegada de Irene Gundlach. Llevaba una chaqueta, un top y unos vaqueros, y al principio pensé que se había abrigado poco para un día de otoño, pero luego miré por la ventana y la niebla matutina se había disipado, el cielo estaba azul y las hojas del castaño parecían doradas bajo la luz del sol.

Me dio la mano y se sentó.

—Vengo por encargo de Karl. Le gustaría darle las gracias en persona, pero está en una fase en la que no puede distraerse con nada. Gundlach ha pasado los últimos meses en los Estados Unidos, no le ha molestado, y no sólo ha podido acabar la restauración de mi cuadro sino que también ha empezado uno nuevo. —Se rió—. Ahora no lo reconocería. Desde que se ha quitado de encima el peso de mi cuadro es un hombre nuevo.

—Me alegra oír eso.

No se levantó, sino que cruzó las piernas.

—Mándeme la minuta a mí. Karl no tiene dinero y tendría que dármela a mí de todos modos. —Vio en mi rostro la pregunta antes de que yo la hubiera formulado—. No es dinero de Gundlach. Es mío. —Se rió—. ¿Qué impresión tendrá usted de nuestra historia? Un hombre mayor y rico encarga a un joven pintor un retrato de su

joven mujer, ambos se enamoran y se escapan juntos. Un tópico, ¿no? —continuó sonriendo—. Los tópicos nos gustan porque coinciden con la realidad. Aunque... ¿Es Gundlach ya un hombre mayor? ¿Es Karl todavía un joven pintor? —Se rió, y a mí volvió a sorprenderme la oscura risa de aquella mujer de pelo rubio, piel pálida y mirada clara. Al reírse fruncía los ojos—. A veces me pregunto si yo sigo siendo una mujer joven.

Yo también me reí.

—¿Y qué otra cosa iba a ser?

Se puso seria.

—Para ser joven debe uno tener esa sensación de que todo puede arreglarse, todo lo que ha salido mal, todo lo que hemos perdido o lo que hemos estropeado. Si ya no tenemos esa sensación, si consideramos que los acontecimientos y las experiencias son irrecuperables, es que ya somos mayores. Y yo ya no tengo esa sensación.

—Entonces yo nunca he sido joven. Mi madre murió cuando tenía cuatro años. ¿Cómo iba a arreglarse eso? Mi abuela no me devolvió a mi madre.

Ella me miró directamente con su mirada clara.

—Usted no ha estado enamorado nunca, ¿verdad? Puede que tenga que hacerse mayor para ser joven, para encontrarlo todo en una mujer, para volver a encontrarlo todo: a la madre que perdió, a la hermana que echa en falta, a la hija con la que sueña —sonrió—, porque todo eso somos cuando nos quieren de verdad. —Se puso de pie—. ¿Volveremos a vernos? Espero que no... Bueno, no me malinterprete, por favor. Si volvemos a vernos, será porque todo se ha torcido. ¿Ha pensado alguna vez que Dios envidia nuestra suerte y por eso tiene que destruirla?

9

Quise restarle importancia a todo aquello que me había dicho tomándomelo como una simple charla y a ella como a una charlatana. ¡Qué más daba si el dinero era de Gundlach o suyo...! Parecía que ella tenía bastante sin tener que ganárselo, sin tener que trabajar. Un ser inútil. Pero no lo conseguí. Se había instalado en mi cabeza con sus piernas cruzadas, los vaqueros ajustados, el top ajustado, la mirada clara y la risa oscura, sosegada, desafiante, deslumbradora. Yo ya me había quedado deslumbrado cuando estábamos sentados uno frente al otro. Y al día siguiente, cuando fui a la mansión de Gundlach y vi el cuadro, me deslumbró por completo.

No, pensé cuando Gundlach vino a mi encuentro y me saludó, no es un hombre mayor. Podía tener unos cuarenta años, era delgado, tenía el pelo totalmente negro y las sienes grises, se movía con energía y hablaba con energía.

—Le agradezco que haya venido. Su cliente y yo no nos entendemos bien, y estoy seguro de que nosotros dos nos entenderemos mejor.

Si por mí hubiera sido, no habría ido con mi coche hasta la casa de Gundlach en el Taunus. Yo estaba empeñado en que viniera a verme él, puesto que era él quien quería algo de mí. Pero había llamado al gerente y éste se había comprometido a que yo iría a su casa.

«¿Negarse a visitar a Gundlach? Tiene usted mucho que aprender todavía», me dijo, y me habló de las empresas de Gundlach, de su poder y de sus influencias. Así que fui hasta allí.

Me recibió el mayordomo y tuve que esperar en el vestíbulo y tragarme mi orgullo.

El hecho de que Gundlach me tomara del brazo también hirió mi orgullo. Me condujo al salón. A la derecha había una pared de cristalera con vistas a la llanura; a la izquierda, una pared cubierta de libros, y ante mí, en una pared blanca, estaba el cuadro. Me quedé inmóvil, sin poder hacer nada, y Gundlach me soltó el brazo. Usted no ha estado enamorado... Si nos quieren de verdad... La suerte que Dios nos envidia... Todo lo que me había dicho el día anterior era una promesa mientras bajaba desnuda la escalera.

—Sí —dijo Gundlach—. Un bonito cuadro, pero es como si tuviera una maldición. La pierna, el pecho, el pubis... Un desperfecto tras otro. —Sacudió la cabeza—. ¿Dejarán de producirse? No estoy seguro del todo. ¿Usted lo está?

—Yo...

—¿Y qué pasará si los desperfectos no dejan de producirse? ¿Tendrá que seguir viniendo Schwind una y otra vez? No tengo ganas de que siga en mi casa. Sería mejor que pintara cuadros nuevos en vez de dedicarse a restaurar el viejo. Pero él está empeñado, no es capaz de hacer otra cosa. Y yo tengo que admitirlo en mi casa para que lo restaure porque lo exige la ley. ¿No es así?

Me miró entre amable y sarcástico. Él tenía sus abogados y sabía que la posición legal de Schwind era débil. Y también sabía que yo debía actuar como si tuviera una posición fuerte. No podía traicionar a mi cliente. No podía decirle a Gundlach que estaba jugando a un juego infame con mi cliente. Asentí.

—Schwind querría recuperar el cuadro. Tiene la sensación de que, mientras yo lo tenga, no habrá tranquilidad ni para el cuadro ni para él. ¿No opina usted también que a todo le corresponde un lugar? Si algo está en un lugar que no le corresponde, no hay tranquilidad. Los cuadros no encuentran tranquilidad y las personas tampoco.

—Si se trata de la tranquilidad no sólo de mi cliente sino también de la suya, él está dispuesto a recomprar el cuadro.

—Eso me ha dicho a mí también. Pero en aquel entonces no sólo perdió la tranquilidad el cuadro. ¿Ve usted cómo baja ella la escalera? Concentrada, serena, tranquila. Cuando llegó abajo, había perdido la tranquilidad. Porque llegó a un lugar que no le correspondía.

—Su mujer no me produce la impresión de...

—¡No me interrumpa! —Necesitó un momento para recuperarse de la irritación que le había provocado mi osadía—. Las impresiones engañan. ¿No causa una buena impresión el cuadro, aunque encierre una maldición? Lo que cuenta no es la impresión que cause mi mujer, sino que haya perdido la tranquilidad. Y que vuelva a encontrarla.

Esperé por si iba a continuar hablando, pero se quedó inmóvil, contemplando el cuadro.

—No entiendo qué...

Se volvió hacia mí y dijo:

—Mañana vendrá Schwind. Digamos que tengo que tomar posesión del cuadro restaurado. Si al cuadro le ocurre algo antes de mañana, si Schwind va entonces a verlo a usted, si va sin mi mujer y le pide que prepare un negocio insólito, hágalo. Aunque lo insólito tienda a inquietarnos, a veces es lo más acertado. ¿Acaso no vivimos en un tiempo insólito? Un negocio puede resultar a veces un negocio importante, aunque no haya una reclamación judicial ni una ejecución de sentencia.

No lo entendí, pero no quería volver a decirle que no lo entendía. Aunque él me lo notó, se rió, volvió a tomarme del brazo y me condujo de nuevo al vestíbulo.

—No me lo tome a mal, pero los juristas suelen ser un tanto previsibles. Yo me percato cuando doy con alguno que planta cara a desafíos insólitos.

10

En el trayecto de regreso supe que me había enamorado de Irene Gundlach.

Lo supe a pesar de que no tenía ninguna experiencia en el amor. Me había gustado la profesora de matemáticas, una mujer de ojos vivarachos, voz clara y minifaldas. Una vez le dejé una rosa en la cesta de su bicicleta. Luego hubo una compañera de clase a la que no podía dejar de mirar y con la que siempre esperaba encontrarme en cualquier punto de la ciudad en el que me hallara, dirigirme a ella, cosa a la que no me atrevía en el colegio, y que ella me contestara encantada. A veces sólo pensaba en ella; en lo que estaría haciendo en aquel momento; en lo que yo podría hacer para que se fijara en mí y que yo le gustara; en cómo sería estar juntos. Pero cuando tuvimos que hacer un trabajo de matemáticas bastante difícil, para el que tuve que prepararme a fondo, decidí no pensar en ella hasta terminarlo y después de eso el hechizo se rompió. Cuando empecé la carrera, en la Facultad de Derecho apenas había estudiantes del sexo femenino y yo no coincidía con alumnas de otras facultades. Para costearme los estudios, durante las vacaciones del semestre trabajaba en un almacén de repuestos en el que, aparte de los conductores de las carretillas y otros estudiantes, sólo trabajaban mujeres. Contaban chistes verdes sobre nosotros, los hombres, y hacían avances obscenos que me producían apuro y ante los que no sabía cómo comportarme. Había una compañera que me gustaba, una chica más reservada que las demás, joven, de pelo oscuro y ojos muy expresivos, a la que esperé a la puerta del almacén el último día. Cuando salió, se dirigió

directamente hacia un joven que estaba apoyado en un árbol, al otro lado de la calle.

Puede que uno aprenda mejor las cosas del amor y las mujeres si tiene una madre y una hermana. Cuando murió mi madre, mi padre me envió con sus padres, quienes, probablemente, habrían estado encantados de mimarme, como suelen mimar los abuelos a los nietos, pero ya no tenían ganas de educar. Ya habían cumplido con esa obligación con sus cuatro hijos y ya no les hacía gracia tener que hacerlo conmigo, así que se limitaron a lo preciso. No es que no hicieran todo lo que estaba en su mano. Me pagaron las clases de piano y las de tenis, asistí a lecciones de baile y a la autoescuela. Pero me hicieron saber que con eso bastaba y que, en cuanto al resto, querían que los dejara tranquilos.

Lo de enamorarse me lo había imaginado como que conocería a una mujer, nos gustaríamos, quedaríamos, cada vez nos gustaríamos más, seguiríamos quedando, cada vez estaríamos más unidos y, por fin, estaríamos enamorados. Así ocurrió unos años después con mi mujer. Entró en el bufete para hacer las prácticas. Era concienzuda y alegre, aceptó que la invitara a comer y a ir a la ópera y al museo; primero una vez por semana, y luego con más frecuencia. Cada vez estábamos más unidos y acabamos casándonos, después de que aprobara las prácticas y obtuviera el título. Murió hace diez años. Cuando nuestros hijos se hicieron mayores, entró en la política municipal y llegó a ser concejala. Pocos días después de ser reelegida, tuvo un accidente de coche. Aún sigo sin entender cómo podía tener una tasa de alcohol en sangre de 1,6, a primera hora de la tarde, y cómo pudo chocar contra un árbol en la carretera. La policía me preguntó si era alcohólica. ¿Por qué iba a ser alcohólica mi mujer?

El deseo por Irene Gundlach se apoderó de mí con una fuerza para la que no estaba preparado, y fue algo que afortunadamente no ha vuelto a sucederme después. Conduciendo de regreso a Frankfurt tuve que detenerme y bajar del coche por lo aturdido que estaba. ¿Así que era eso? Una felicidad con la que no me habría

atrevido a soñar, para la que no necesitaba más que a aquella mujer, su cercanía, su voz, su desnudez. Aún no había dado el último paso desde la escalera de su antigua vida a la nueva... y ahora lo iba a dar a mi vida. ¡Y todas las mañanas se introduciría en mi vida y en mis brazos!

11

Como el miércoles por la tarde el jefe de la agencia de detectives no me había llamado, lo llamé yo el jueves por la mañana unas cuantas veces, sin éxito. Hasta después de las diez no di con una secretaria que desvió mi llamada al móvil de su jefe. Yo había imaginado que una buena agencia de detectives debía tener una centralita que funcionara durante todo el día o, como mínimo, desde primera hora de la mañana.

—Ya le dije que podía llevarme unos días.

—Tengo que regresar a Alemania hoy.

—Tengo su número de teléfono. ¿Me da también su correo electrónico? Le informaré en cuanto tenga algo.

—¿Tendré que volver a venir aquí?

Se rió.

—Eso depende de usted.

Se rió a sus anchas. Yo me imaginé a un hombre mayor, calvo y con barriga. ¿Tendré que volver a venir aquí?... ¡Qué pregunta más tonta! Le di mi correo electrónico y colgué. Luego fui hasta la ventana y contemplé el puerto, la Ópera con sus velas de hormigón hinchadas, la bahía azul con sus barcos grandes y pequeños, y al fondo de la bahía, la franja verde de tierra tras la que estaba el mar abierto. El sol brillaba. Podía prescindir del desayuno, comer temprano en el restaurante del Jardín Botánico y volver a tumbarme en la hierba después. En la tienda de artículos de piel y maletas, junto a la que había pasado y que quedaba cerca del hotel, podía comprarme una mochila pequeña, en la librería un libro y en la

tienda de vinos una botella de vino tinto, y leer y beber, y dormirme y despertarme.

Pensé en el avión que tenía que tomar por la tarde, en la llegada a la mañana siguiente, el trayecto a casa, abrir la puerta, deshacer la maleta, la ducha, la lectura del correo en batín, el afeitado y el vestirse, el trayecto hasta el bufete y los saludos del personal. Pensé en las frases que intercambiaría con el chófer, en su pregunta de si había tenido un buen vuelo y en la mía de si había habido algo nuevo en Frankfurt. Pensé en las flores que mi secretaria habría colocado en mi mesa de despacho.

Pensar en el ritual de la vuelta a casa me entristeció. Lo había seguido fielmente durante años y los propios años se habían convertido en un ritual fielmente seguido, caso tras caso, cliente tras cliente, contrato tras contrato. Las asociaciones y las adquisiciones de empresas eran mi fuerte, era para lo que acudían a mí los clientes y de lo que trataban los contratos. A lo largo de los años había aprendido los puntos que era necesario considerar y las preguntas que habían de hacerse. Siempre consideraba los mismos puntos y hacía las mismas preguntas. Sólo surgían problemas cuando la otra parte intentaba algún truco, pero también había aprendido cuáles podían ser los trucos.

Llamé al jefe de mi agencia de viajes de Frankfurt. Era demasiado tarde para que estuviera en la oficina, pero lo encontré en su casa. Podía cambiar mi billete pero tenía que darle una fecha, decirle cuándo quería volar... Ah, que aún no lo sabía, entonces podía pasarlo simplemente a dos semanas más tarde, porque, luego, podría adelantar o atrasar la fecha en cualquier momento; me deseó una feliz estancia.

Me puse el traje que había llevado el día anterior, arrugado y con manchas de hierba y de tierra. De pronto, la decisión de no tomar el vuelo me dio miedo. De pronto, los rituales que seguía en mi trabajo, en los regresos y las salidas de mi casa y en mi tiempo libre me parecieron lo único que cohesionaba mi vida. ¿Cómo iba a vivir sin ellos? ¿Debería...? Pero no anulé mi vuelo de regreso.

12

No podía pasar el día en el Jardín Botánico sin entrar en la Art Gallery. Volví a situarme delante del cuadro y aquella mujer volvió a turbarme. No porque estuviera desnuda, ni tampoco porque me recordara lo sucedido entonces, sino porque vi a una mujer distinta de aquella con la que entonces me había cruzado y de la que había visto hasta ese momento. ¿Dónde había tenido yo puesta la vista?

La mujer del cuadro no baja la escalera para tocar el piano o para tomarse un té, y tampoco porque abajo la esté esperando, complacido, su amor. Baja la escalera con la cabeza inclinada y los ojos bajos, como si se la hubiera obligado y estuviese resignada; como si se hubiera resistido pero hubiera dejado de oponer resistencia porque quien ejercía la violencia contra ella era demasiado poderoso. Como si sólo con suavidad, seducción y entrega pudiera alcanzar misericordia. Como si tuviera que estar a la espera de ser tomada. ¿O sería, incluso, lo que pretendía? ¿Sin admitirlo ante los demás ni ante sí misma?

Una vez vi en un museo varios cuadros del siglo XIX, de esclavas blancas en harenés árabes o turcos. Columnas, mármol, almohadones, nichos. Las mujeres, desnudas, en posturas lascivas y con unos ojos insondables. Me pareció *kitsch*. ¿Era *kitsch* la mujer que bajaba la escalera a mi encuentro? No lo sé. La confusión de violencia y seducción, resistencia y entrega me turbaba. No es un terreno en el que me haya encontrado jamás con las mujeres. Y no se ajustaba a la forma en que había vivido yo entonces la relación con Irene Gundlach. ¿O es que lo había entendido todo mal?

No me apetecía seguir pensando en aquello. Afortunadamente llevaba conmigo el libro y la botella de vino tinto. Yo no leo novelas, sino libros de historia. Lo que ha sucedido en realidad es distinto a lo que la gente cree. Si aprendemos algo de la historia, aprendemos de la realidad y no de una quimera, a veces genial pero casi siempre estúpida. Y quien piensa que las novelas tienen más colorido que la historia no pone a trabajar la fantasía y no se imagina a César que ama a Bruto como a un hijo y es apuñalado por él; a los aztecas que se infectaron con las enfermedades de los blancos y quedaron diezmados incluso antes de entrar en combate con ellos, o a las mujeres y los niños que iban siguiendo al ejército napoleónico y, al atravesar el Beresina, fueron pisoteados en la nieve o arrojados a sus heladas aguas. Tragedias y comedias, buena suerte y mala suerte, amor y odio, alegría y tristeza... La historia lo ofrece todo. Las novelas no pueden ofrecer más.

Me puse a leer sobre la historia de Australia: los presos con cadenas, los colonizadores, las sociedades para el desarrollo, los buscadores de oro, los chinos. Los aborígenes murieron, al principio, por las enfermedades infecciosas; después, porque fueron masacrados, y, por último, porque les arrebataron a sus hijos. Fue un acto bienintencionado, pero produjo mucho dolor a padres e hijos. Mi mujer solía decir que lo contrario del bien no era el mal, sino las buenas intenciones, y con esto habría sentido confirmada su opinión. Pero lo contrario del mal no son las malas intenciones, sino el bien.

13

Como Gundlach había vaticinado, al día siguiente Schwind se presentó en el bufete. Venía directamente desde la casa de Gundlach y se sentó en la silla que hay frente a mi mesa de despacho, con la cabeza gacha y las manos entrelazadas. Permaneció tanto tiempo en silencio que me impacienté. Y cuando empezó a hablar, no levantó la cabeza ni separó las manos.

—Cuando llegué, el cuadro estaba colgado en la pared. Le enseñé a Gundlach lo que había hecho y él lo miró y elogió mi trabajo. Después sacó una navaja, la abrió, hizo un corte en el cuadro, cerró la navaja y se la metió en el bolsillo. Yo podría haber intervenido, porque lo hizo todo con una gran calma, pero estaba paralizado. Y entonces me dijo sonriendo: «Esto puede arreglarlo usted en un momento». Y tiene razón: el corte es pequeño y es en la escalera. «Pero la tranquilidad la recuperará sólo cuando vuelva a tener su cuadro y cuando yo vuelva a tener lo que es mío. Vaya usted a ver a su abogado y que prepare un contrato», me dijo. Entonces yo le pregunté: «¿Un contrato?». Y él me dijo: «Todo tiene que estar en regla». —Levantó la mirada hacia mí—: ¿Puede usted preparar un contrato que a mí me permita recuperar el cuadro y a él recuperar a Irene?

No dije nada, pero él leyó el desasosiego en mi rostro.

—Tengo que recuperar mi cuadro. Tengo que hacerlo. ¿Cree usted que voy a permitir que Gundlach vuelva a deteriorarlo o que lo destruya? No debería habérselo vendido. Cuando Irene y yo empezamos, debería haberle devuelto el anticipo y haberme llevado el cuadro. Fui tonto. ¡Dios mío, qué tonto fui! Ahora ya sé que sólo

podré pintar si puedo decidir qué va a pasar con mi cuadro. He destruido algunos cuadros porque no había acertado. Con éste sí acerté. Algún día se exhibirá en el Louvre o en el Metropolitan o en el Hermitage. ¿No me cree? Tiene razón, a lo mejor es que necesito dinero y me alegraría poder venderlo en Berlín o en Munich o en Colonia. Pero entonces habrá otro cuadro mío colgado en el Metropolitan. Y algún día habrá en Nueva York una exposición de mis obras más importantes, para la que Berlín prestará este cuadro.

—Hablabía cada vez más entusiasmado, subiendo y bajando las manos, abriéndolas y cerrándolas. De pronto se echó a reír—. Puede que asista a la inauguración y me acuerde de usted al ver el cuadro. —Siguió riéndose y sacudió la cabeza. Luego, volvió a acalorarse—: Pero el cuadro no viajará a Nueva York sin que Berlín me pregunte si estoy de acuerdo. Y yo no pienso volver a vender nunca un cuadro sin reservarme el derecho a decidir lo que va a pasar con él, a quién se vende o a quién se presta. ¿Cree usted que los compradores no aceptarán? Los compradores se disputarán mis cuadros y aceptarán todo lo que les exija. Ya sé que no me cree. No cree que un pequeño boceto que le dibuje en su bloc pueda hacerle rico algún día. Prefiere que Irene le pague. Me tiene usted por alguien sin suficiente talento o suficiente tenacidad o me considera demasiado extravagante para el mercado del arte. —Yo quise rebatirlo, pero me hizo señas de que no le interrumpiese—. Usted piensa que si pintara obras abstractas o al menos, como Warhol, latas de sopa o botellas de Coca-Cola o a Marilyn Monroe... Eso le gusta, admítalo, le gusta. Aquí, en el despacho, tiene grabados antiguos, pero en casa tiene el Goethe o el Beethoven de Warhol para demostrar que es culto, pero no anticuado, sino una persona abierta a la modernidad. ¿No es así?

Su tono era despectativo, y su mirada, hostil. Yo estuve a punto de explicarle qué cuadros tenía en casa y por qué, pero luego pensé que eso a él no le incumbía y que podía pensar de mí lo que quisiera.

—¿Su cuadro le importa más que su novia?

—No tiene usted ni idea de lo que está diciendo. ¿Qué ha entendido de mi cuadro? ¿Qué ha entendido de esa mujer? Nada. Nada del cuadro y nada de ella. Puede que quiera volver con su marido. A las comodidades que le ofrece: personal de servicio, viajes, equitación, tenis, dinero. ¿Se ha preguntado usted eso? ¿Qué hará ella cuando se le haya acabado el dinero y mis cuadros aún no aporten nada? ¿Trabajar de empleada, de asistenta, de operaria en una fábrica? Aunque, bueno, ¿a usted qué le importa todo esto?

—Tengo que hacer un contrato; un contrato fuera de lo normal, ¿y usted me pregunta si me importa?

—Vamos a ver, Irene Gundlach es una persona adulta. Independientemente de lo que usted redacte y de lo que su marido y yo firmemos..., ella hará lo que quiera. Si yo le digo que se acabó y su marido le dice que vuelve a pertenecerle a él, puede mandar a su marido al infierno y decirme a mí que no me cree. No me cuente que es algo fuera de lo normal: dos hombres se han metido en un lío y quieren solucionarlo, cuando conseguirlo está, en realidad, en manos de la mujer. Una historia muy conocida.

Con las últimas frases se había ido calmando. Su actitud era hosca, pero se dominaba. Se puso de pie.

—Estoy de acuerdo con cualquier modalidad. Deje que él decida dónde, cómo y cuándo sucederá lo que haya de suceder. Usted ya sabe dónde encontrarme.

14

Si hoy viniera a verme un cliente con semejantes pretensiones, le señalaría la puerta. Pero en aquel momento no supe qué decir y me quedé mudo viendo a Schwind salir del despacho.

¿No debería hablar con alguno de mis dos jefes? Aunque la consideración que había alcanzado en el bufete se debía precisamente a que nunca pedía consejo y sabía solucionar yo solo todos los problemas. Pensé en el juez con el que empecé a hacer prácticas y con quien mantuve una relación de especial confianza, pero me imaginé lo que me diría.

El teléfono sonó y el socio gerente del bufete me dijo que Gundlach quería hablar conmigo. ¿Habría puesto un detective para que siguiera a Schwind y le había informado de su visita al bufete?

—Estará usted pensando en cómo redactar el contrato. No quiero inmiscuirme en lo suyo, pero permítame una indicación para la realización del acuerdo. Lo mejor será que Schwind e Irene vengan a mi casa. Hablaremos un poco; Schwind se llevará el cuadro al coche para volver enseguida a recoger a Irene, pero se marchará con el cuadro. Cuando yo le explique entonces que Schwind la ha cambiado por el cuadro, ella ya sabrá a quién pertenece.

—¿Y qué pasará si no lo sabe?

Se rió.

—Deje que yo me preocupe de eso. La conozco. Cuando me abandonó, habíamos atravesado una época difícil y ella creyó que no encontraría el verdadero amor a mi lado sino al lado de él. Tras el cambio, lo sabrá mejor. —Me quedé callado—. ¿Oiga? Usted no me

cree y se pregunta qué ocurrirá si ella sigue sin saberlo. No tema, no voy a ponerle cadenas ni a encerrarla en el sótano. Si quiere un taxi, lo tendrá. —Su tono se había vuelto altivo—. Así que haga el contrato, deje que Schwind y yo lo firmemos y prepare el encuentro —dijo, y colgó el teléfono.

¿Ponerle cadenas y encerrarla en el sótano? No; eso no. Pero ¿y si se la lleva secuestrada a otro sitio, a su casa de campo o a su isla del Egeo? ¿Y si la narcotiza y ella se despierta en su yate o en su avión privado, y como sólo puede poner buena cara a ese juego perverso, me manda una postal diciendo que está disfrutando de una segunda luna de miel con Gundlach?

Me imaginé la conversación, el forcejeo y la narcotización. ¿Lo haría Gundlach solo o sería el mayordomo quien la sujetara con fuerza mientras él le ponía un trapo con cloroformo en la cara? ¿La llevarían entre los dos al coche? ¿Conduciría el propio Gundlach? Luego se me ocurrió otra versión de lo que podía suceder. ¿Y si Schwind engañaba a Gundlach? ¿Y si se lo contaba todo a ella, que le ayudaba a recuperar el cuadro para después huir con él? Gundlach no estaría y mandaría a su gente para atraparlos, darle un escarmiento a Schwind y secuestrarla a ella. ¿O estaría tan furioso con ella que no sólo haría que la secuestraran sino también que le dieran un escarmiento? No, Schwind tenía que saber que no podía engañar a Gundlach. El intercambio se llevaría a cabo.

15

Gundlach se jubiló hace pocos años y traspasó la dirección de la empresa a su hija. Fue un empresario de éxito, logró expandirse por Europa del Este, Estados Unidos y China; aconsejó a Kohl y a Schröder en cuestiones económicas durante la reunificación y, si hubiera querido, habría podido ser presidente de la Asociación Federal de la Industria Alemana. Esporádicamente hemos coincidido en algún acto social. La promesa de que contaría conmigo, si conseguía que Schwind y él llegaran a un acuerdo, quedó en agua de borrajas.

Sí, conseguí que Gundlach y Schwind llegaran a un acuerdo, tal como querían. Redacté el contrato, establecí la entrega según la propuesta de Gundlach y ambos firmaron. La entrega tendría lugar el domingo a las cinco de la tarde.

Además, decidí advertir a Irene Gundlach. ¿Debía hacerla venir al bufete? ¿Pedirle que viniera sola? ¿Y si Schwind venía con ella, a pesar de todo? ¿Y si encontraba extraña mi petición y no venía? Sabía dónde vivían ella y Schwind; me tomé el día libre y aparqué el coche de modo que podía ver la entrada del viejo edificio de varias plantas de viviendas de alquiler. No tuve que esperar mucho: a las nueve salió del portal, echó a andar por la calle y yo la seguí por la otra acera. Tomamos el metro en el centro y en el tumulto de la salida me hice el encontradizo con suficientes visos de credibilidad.

—¡Qué bien que nos hayamos encontrado! El caso ha dado un giro del que quería hablar con usted. ¿Tiene un momento?

¿Estaba sorprendida? Su reacción fue tranquila, sonrió y me dijo:

—Tengo que ir al otro lado del río. ¿Me acompaña?

Fuimos caminando por la ciudad vieja y cruzamos el puente, hablando de los cambios en el aspecto urbano, de las inminentes elecciones y de lo bonito que estaba el otoño. Sobre el río aún flotaba la niebla matinal, pero las hojas multicolores de los árboles ya brillaban al sol. Yo le recordé que, cuando fue al bufete, también brillaba el sol y resplandecían las hojas.

Nos sentamos en un banco y le hablé de mi visita a Gundlach, de la visita de Schwind al bufete y del contrato que había redactado y que ambos habían firmado. También le hablé de mi miedo a que Gundlach pudiera hacerle algo, si no colaboraba. No sabía cómo se estaría tomando mis palabras. No la miraba. Miraba la ciudad, más allá del río, y veía cómo adelgazaba la niebla y cómo se iba deshilachando y disolviendo. Cuando empecé a hablar, la niebla cubría la ciudad; cuando acabé, la bañaba el sol.

Cuando por fin la miré, tenía lágrimas en los ojos y retiré la mirada de inmediato.

—Ya está, ya está —dijo con una voz que no dejaba traslucir el llanto—. Sólo son unas lágrimas. —Y luego preguntó—: ¿Y por qué un contrato? ¿De qué les sirve?

—Creo que Gundlach quería dar solemnidad y compromiso al acuerdo, aunque no pueda ser un contrato legal. En otro tiempo, habría retado a Schwind a duelo.

—¿Y a usted? ¿De qué le sirve a usted el contrato?

—Si yo no lo hubiera redactado, Gundlach habría encontrado a otro abogado y yo no sabría qué se proponían Schwind y él.

—¿Y, siendo abogado, le está permitido hacer esto? ¿Puede representar primero a uno de mis dos hombres, pactar luego con el otro y, después, contármelo todo a mí?

—Eso me da igual.

Asintió.

—Así que el domingo... No, mi marido no tiene yate ni avión privado ni tampoco una isla. Pero sí tiene una casa en el campo. ¿Sería capaz de narcotizarme y secuestrarme? No lo sé.

—¿Su marido? ¿No se han divorciado?

—Él no quiere y sus abogados lo van retrasando —dijo, y su voz adquirió un tono de irritación que no supe si se debía a mi curiosidad o a la oposición de Gundlach.

—Lo siento...

—No tiene que disculparse continuamente.

—Yo... —Quería decir que no me estaba disculpando constantemente, pero lo dejé estar. Seguí allí sentado sin saber cómo decirle lo que le quería decir: que me gustaría ayudarla, que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella, a darlo todo por ella, que la amaba.

—¡En lo que he caído con mis dos hombres! El uno quiere venderme y el otro, quizá, secuestrarme. —Se rió—. ¿Y usted? ¿Qué quiere usted?

Me puse rojo.

—Yo... yo soy en parte responsable de que usted se encuentre en esta situación y me gustaría ayudarla a salir de ella. Si yo le... Si usted me...

Me miró... ¿Sorprendida, conmovida, compasiva? No supe interpretar su mirada. Luego sonrió, me pasó la mano por la cabeza, por el cogote y por los hombros, apretando levemente.

—He caído en manos de unos individuos malvados, pero no todo está perdido: llega un caballero valiente y me salva.

—¿Se burla usted de mí? No quiero decir que yo sea algo especial. Yo... Yo te quiero.

16

Te quiero... De inmediato me di cuenta de que el «te» no sonaba bien. Pero «la quiero» tampoco habría sonado bien. Se supone que cuando decir «te quiero» no suena bien, lo mejor es tener la boca cerrada. Pero de lo que abunda en el corazón habla la boca. Y entonces quise convertir el inadecuado «tú» en adecuado, declarándole mi amor por ella.

—Ocurrió el día que viniste sola al bufete. Hablaste del amor y de cómo es una mujer cuando es amada de verdad: amante, madre, hermana e hija, y de la felicidad del amor, que es tan grande que Dios nos la envidia. Y todo lo decías sonriendo, con una sonrisa feliz, doliente y sabia que encerraba una promesa. No, no me prometiste nada; no dijiste nada en lo que pueda apoyarme ni nada con lo que pueda obligarte. ¡Por amor de Dios! Tu promesa era una... una promesa cósmica, ya lo sé. Hablaste del amor y de las mujeres de verdad. Y, para mí, tú eres la mujer por antonomasia, y quererte y que me quisieras sería...

—Chist —dijo, volviendo a pasarme el brazo por los hombros y atrayéndome hacia sí—. Chist. —Yo dejé de hablar, esperando que aquel abrazo no terminara nunca, y cerré los ojos—. Si de verdadquieres ayudarme...

—Dime —dije, abriendo los ojos—. Dime.

—Puedes... —No siguió hablando, retiró el brazo de mis hombros y se enderezó. Yo también me enderecé en el asiento.

Por fin, empezó a hablar, dubitativa al principio, pero luego cada vez con más decisión.

—Si el domingo vamos a casa de Gundlach, Karl no querrá ir con mi coche, sino con su furgoneta. Puedo... Puedo darte mi llave de la furgoneta y, cuando hayamos entrado en casa de Gundlach, te metes sigilosamente en la furgoneta y te escondes detrás del volante. Cuando Karl haya sacado el cuadro de la casa y lo haya colocado en la furgoneta y haya cerrado la puerta... Todo depende de que salgas de allí en el acto, de que te largues en el acto. Si Karl consigue agarrar una de las puertas, se acabó. Estoy segura de que Karl pensará que Gundlach lo ha engañado, volverá a entrar en la casa, echará la culpa a Gundlach y, mientras los dos discuten, yo podré escaparme. Por debajo de la casa la carretera hace una curva. Ahí termina el jardín y ahí me esperarás tú. Preparé por el muro y bajaré hasta donde estés con la furgoneta.

Intenté reaccionar con la misma sangre fría con la que ella había urdido su plan.

—¿Aparcará Schwind de manera que yo no tenga que cambiar de sentido?

Asintió.

—De eso ya me ocupo yo. Y del portón no tienes que preocuparte; sólo se cierra por la noche. —Me sonrió—. Si sales a toda velocidad en cuanto se cierre la puerta, y si yo salgo a todo correr en cuanto mis dos hombres se estén tirando de los pelos, tiene que funcionar.

No me gustaba que hablara de sus dos hombres, pero no dije nada. Me imaginé el terreno en declive ante la casa de Gundlach, la rampa de acceso desde el portón de entrada hasta la casa, la vegetación y el aparcamiento. Sí, tendría que poder meterme sigilosamente en la furgoneta. No sabía qué podría ocurrir si la cosa se torcía; estaba traspasando una línea que no había traspasado jamás hasta entonces. Pero estaba determinado a hacerlo.

—Y cuando hayas subido a la furgoneta, ¿adónde nos dirigiremos?

Me volvió a acariciar la cabeza con la mano.

—¿Tú qué crees?

17

¿Qué otra cosa podía significar sino que vendría conmigo? Me sentí feliz. Estábamos juntos. Actuaríamos en común, ganaríamos en común, huiríamos en común. Aunque no tendríamos que huir, podríamos quedarnos... ¿Qué se le podía reprochar a ella y qué se me podía reprochar a mí? Soñé con nuestra vida en común. Si alquilaríamos una vivienda grande o pequeña, si ella cuidaría el jardín, si cocinaría, lo que haría desde la mañana hasta la noche, si le gustaría viajar y adónde, si le gustaría leer y qué, si...

—Tengo que irme —dijo, sacándome de mis ensoñaciones y poniéndose de pie.

Yo también me puse de pie.

—¿Puedo acompañarte?

—Estoy a dos pasos —dijo, señalando el Museo de Artesanía.

—Tú...

—Trabajo ahí. Diseño.

De pronto tuve miedo. La hermosa mujer con la que soñaba compartir la vida ya tenía una vida. Tenía una profesión, había ganado o heredado dinero, había tenido varias parejas; Gundlach y Schwind no habían sido una equivocación sino una decisión. «Diseño». Lo había dicho de un modo breve y conciso, como si sólo quisiera decirme lo imprescindible sobre sí misma.

—¿Cuándo me darás la llave?

—Te la echaré en el buzón. ¿Dónde vives?

Le di mi dirección.

—Tienes que tocar el timbre. Los buzones están en el portal.
¿Cuándo vendrás?

—No lo sé. Si no estás, tocaré otros timbres hasta que alguien me abra.

Y luego se marchó. Se fue caminando por el paseo junto a la ribera del río y entró en el museo. Cuando cruzó la calle y miró a izquierda y a derecha para cerciorarse de que no venía ningún coche, podría haber mirado hacia atrás y haber hecho un gesto con la mano. Pero no miró hacia atrás.

Volví a sentarme en el banco y me pregunté si no debería ir al bufete y convertir aquel día libre en un día de trabajo. No me apetecía. Mientras recordaba aquella mañana junto al río, estando en el Jardín Botánico, caí en la cuenta de que nunca más había vuelto a hacer eso, desperdiciar un día. Por supuesto que hubo días, con mi novia y después mujer, y más tarde con mis hijos, en los que no trabajé. Pero se trataba de días que les debía a mi novia, a mi mujer o a mis hijos, y que contribuían a la salud, la formación o el fortalecimiento de los lazos familiares. Bonitas empresas, sin duda, y cambios agradables en la rutina del trabajo. Pero eso de quedarse simplemente sentado y mirar y parpadear al sol y soñar una hora tras otra, y buscar luego un restaurante con buena comida y buen vino, y dar un paseíto después y volver a encontrar otro sitio donde sentarse y mirar y parpadear al sol y soñar... Es algo que sólo hice aquel día y luego en Sidney.

Me pregunto con qué estuve soñando entonces. Seguro que con mi vida con Irene. Pero seguro que no sólo con eso. Tal como ahora pienso en el pasado, quizá también entonces pensara en el pasado. Ya que me faltaba poco para encontrar la felicidad, quizá ese pasado adquirió un nuevo rostro. Quizá mi niñez con los abuelos ya no me pareció desprovista de cariño, sino un camino hacia la libertad, y ya no sentí la presión en mi carrera profesional, sino que me lo tomé como un regalo del éxito, y ya no vi un fracaso en mis relaciones con las mujeres, sino una promesa.

No me quejo por ser una persona mayor. No envidio a los jóvenes que aún tengan la vida por delante; yo no quiero tenerla de nuevo por delante. Pero sí les envidio que el pasado que tienen a

sus espaldas sea corto. Cuando somos jóvenes, podemos abarcar nuestro pasado; podemos dotarlo de sentido, aunque éste sea siempre diferente. Cuando ahora miro al pasado, no sé qué ha sido una carga y qué ha sido un regalo; no sé si el éxito ha merecido el precio pagado ni qué se ha cumplido y qué no en mis relaciones con las mujeres.

18

Volví a ver el cuadro también el viernes. La Art Gallery estaba llena de colegiales y colegialas, de profesores y profesoras. Me agradó el barullo de las voces hablando todas a la vez o llamándose; me recordó los recreos en el patio del colegio y los días de verano en la piscina. Ante el cuadro había dos adolescentes que discutían sobre la figura de aquella mujer. ¿Tenía las caderas demasiado anchas, los muslos demasiado gruesos, los pies demasiado pequeños y estaban los pezones mal situados? No me puse a su lado, pero sí lo bastante cerca como para que mi presencia les resultase incómoda, y continuaron su recorrido.

Yo no le encontraba ningún defecto a aquella mujer. Pero tampoco la veía como la última vez. Sí, era toda suavidad, seducción y entrega. Ya no ofrecía resistencia aunque realmente no hubiera dejado de ofrecerla. En la postura de la cabeza y en el modo de cerrar los ojos y la boca se ocultaban resistencia, rechazo y rebeldía. Nunca pertenecería a quien la tenía en su poder. Participaría en el juego, pero acabaría por sustraerse a él.

¿Podría yo haber visto eso ya en aquel entonces y haber sabido cómo iba a desarrollarse todo? Sólo estuve un momento en el salón de Gundlach, tuve que prestar atención a sus palabras y no pude mirar el cuadro con detenimiento. ¿Y si hubiera podido contemplarlo más tiempo? ¿Lo habría sabido?

Por la tarde del día en que nos encontramos no apareció. Yo me tomé libre también el día siguiente; quería estar en casa cuando viniera a traerme la llave. Salí temprano a hacer unas compras y, al volver, miré temeroso en el buzón. Aún no había echado la llave

dentro. Soy una persona ordenada, excesivamente meticulosa incluso, así que no tuve que ordenar mi casa para la llegada de Irene. Pero puse flores en el jarrón y fruta en una fuente. Como temía que no le gustasen las personas tan meticulosas, dejé dos manzanas fuera de la fuente, repartí libros y periódicos por el suelo junto a la butaca y extendí sobre el escritorio el manuscrito de un artículo.

Vino el sábado. Tocó el timbre y yo, sin haber mirado por la ventana, supe que era ella y, en vez de pulsar el botón, bajé corriendo y abrí la puerta del portal.

—Sólo quería... —dijo con la llave en la mano.

—Sube un momento. Tenemos que hablar.

Subió la escalera por delante de mí con paso rápido y vi sus pies calzados con zapatos bajos, sus pantorrillas al aire, sus muslos y su trasero enfundados en unos pantalones estrechos, largos hasta la rodilla. Yo había dejado la puerta de mi casa abierta y ella entró despacio, miró a su alrededor y entró con la mayor naturalidad. Entró en la habitación grande que yo utilizaba como estudio y cuarto de estar, se acercó primero a la ventana, miró la calle y luego fue hasta el escritorio y miró el manuscrito.

—¿Qué estás escribiendo?

—El Tribunal Federal ha sentenciado que los derechos de autor... —No pude continuar. No la había estrechado entre mis brazos en el portal, y aunque ahora tenía ganas de hacerlo, me resultaba tan artificial, con mi sonrisa sin encanto, mis brazos demasiado largos, mis manos demasiado grandes y mis movimientos torpes, que no me atreví.

—Derechos de autor... ¿Sobre qué más vamos a hablar?

—¿No te quieres sentar? ¿Quieres té o café o...?

—Nada, gracias. Tengo que irme enseguida —contestó, pero se sentó en la butaca que yo había rodeado de libros y periódicos y yo me senté en la butaca de enfrente.

—Cuando mañana vaya a casa de Gundlach... Es un barrio de ricos. ¿No llamará la atención mi coche si lo aparcó en una calle?

¿No llamaré la atención yo, si voy corriendo por las calles? ¿Se conocerán los vecinos y se darán cuenta enseguida de que soy un extraño?

—Deja el coche en el pueblo que hay que atravesar para ir a su casa. Desde allí habrá una media hora andando, no más. ¿Tienes miedo? —Me miró intentando averiguarlo.

Negué con la cabeza.

—Estoy contento. De que tú y yo... Lo que te dije hace dos días... Te pilló por sorpresa. Me gustaría volver a decírtelo y hacerlo mejor esta vez, pero me temo que sería volver a lo mismo y prefiero esperar a que tengamos todo el tiempo del mundo. No, yo no tengo miedo, ¿y tú?

Se rió.

—¿A que no lo consigamos? ¿A que me insulten? ¿A que me secuestren?

—No lo sé. ¿Qué has pensado hacer con el cuadro?

—Nada, mientras no lo tenga. —Se puso de pie—. Ahora tengo que irme.

Yo habría querido preguntarle adónde y si me quería o llegaría a quererme algún día y si seguía acostándose con Karl Schwind y cómo nos iría todo cuando estuviéramos el domingo en el coche con el cuadro. Pero no le pregunté nada de eso. Me levanté y la estreché entre mis brazos y ella no se estrechó contra mí, pero tampoco opuso resistencia, y cuando se soltó de mi abrazo, me dio un beso en la mejilla y me acarició la cabeza.

—Eres un buen chico.

19

De verdad que no tenía miedo. Sabía que iba a cometer un delito y que, si me pillaban, mi carrera de abogado se habría acabado. Pero me daba igual. Irene y yo encontraríamos una vida distinta y mejor. Podríamos irnos a los Estados Unidos; yo trabajaría de camarero por la noche y estudiaría de día, y pronto estaría en una buena situación, como jurista o médico o ingeniero. Y si los estadounidenses no querían a un jurista condenado por un delito, podríamos irnos a México. En el colegio había aprendido inglés y francés sin ninguna dificultad, así que también podría aprender español sin ninguna dificultad.

Pero antes de quedarme dormido sentí escalofríos y me empezaron a castañetear los dientes. Después de echarme encima todas las mantas que pude encontrar, seguía temblando. Al final, me dormí. Por la mañana me desperté bañado en sudor en una cama toda sudada.

Me recuperé. Me sentía ligero y al mismo tiempo notaba una fuerza irrefrenable a la que nada podía oponerse. Era una sensación maravillosa, única. No recuerdo haberme sentido nunca así, ni antes ni después.

Era domingo. Desayuné en la terraza; el sol brillaba, en el castaño cantaban los pájaros y desde la iglesia llegaba el sonido de las campanas. Pensé en casarme, en si Irene se habría casado por la Iglesia y en si querría casarse por la Iglesia y en si la Iglesia significaría algo para ella. Soñé con nuestra vida como pareja en Frankfurt: primero, en aquella terraza; luego, en la terraza de un piso grande junto al Palmengarten, y después en un jardín, bajo árboles

centenarios, en la otra orilla del río. Después, soñé con la cubierta del barco que nos llevaría al otro lado del Atlántico. Me despedí de todo: del bufete, de la ciudad y de las personas. Fue una despedida sin dolor. Por mi antigua vida sólo sentía una amable indiferencia.

Salí con mi coche temprano y sin embargo no era demasiado temprano. El pueblo celebraba alguna fiesta y la plaza del mercado y la calle principal estaban cerradas al tráfico. Los coches avanzaban a duras penas por las calles laterales. Aparqué junto al cementerio, encontré un camino que atravesaba los viñedos, que pensé que sería un atajo pero no lo era, y me encontré en un bosque junto a la carretera que llevaba al barrio en el que vivía Gundlach. Cuando me adelantó el primer coche, caí en la cuenta de que Schwind también iría por aquella carretera y de que no debía verme; desde ese momento me puse a andar bajo los árboles y entre los arbustos.

Me había vestido de un modo discreto: pantalones vaqueros, camisa beige, chaqueta de cuero marrón y gafas de sol. Pero, al salir del bosque al barrio, con las calles vacías por ser domingo, y ver a alguna que otra familia en una terraza bajo una sombrilla, sentí que todas las miradas se dirigían hacia mí, las de las familias en las terrazas y las de la gente tras las ventanas. No había ningún otro viandante por la calle.

Evité el camino recto que atravesaba el barrio y por el que Schwind podría verme; me perdí por el laberinto de calles laterales y paralelas y llegué a casa de Gundlach unos minutos después de las cinco. La plaza de aparcamiento de delante del garaje estaba vacía. Me pegué a la casa de enfrente, entre el cubo de la basura y un lilo, y esperé. Veía el acceso a la casa y el garaje, con una puerta cerrada y otra abierta. Dentro del garaje había un Mercedes, y en la rampa de acceso, un gato tumbado al sol. En la pradera en pendiente, que iba desde la carretera hasta la casa, había unos cuantos pinos pequeños y pensé en cómo atravesar la pradera, en zigzag de un árbol a otro, para llegar al coche. Si alguien pasaba por allí o miraba desde la casa de enfrente, yo tendría que ocultarme

detrás del coche con la rapidez suficiente como para que no pudiera estar seguro de haberme visto.

Oí la furgoneta de Schwind a lo lejos; el tubo de escape estaba roto. Iba deprisa, tosiendo y traqueteando; hizo un giro rasante desde la carretera a la rampa de entrada, asustó al gato y frenó bruscamente frente a la entrada. Nadie bajó. Pasados unos segundos dio marcha atrás, efectuó un giro amplio en el aparcamiento, volvió a ir marcha atrás y por fin se detuvo ante la puerta, de modo que para el viaje de regreso no hubiera que cambiar de sentido. Luego, se abrieron las puertas, bajaron los dos, ella en silencio, él renegando, y oí: «¡Vaya rollo!» y «Tú y tus ideas». Después, se abrió la puerta de la casa y Gundlach saludó a los recién llegados y los invitó a entrar.

Ahora, me dije yo. Si alguien se había acercado a la ventana, atraído por el ruidoso coche de Schwind, ya habría vuelto a sus ocupaciones. Atravesé corriendo la carretera, me escondí tras el primer pino, seguí corriendo, tropecé, me caí, me arrastré hasta el siguiente pino, me levanté y eché a correr cojeando y saltando, con el pie dolorido, hasta sobrepasar el último pino y llegar a la furgoneta. Abrí la puerta y me escondí en el asiento, de modo que no se me viera desde el exterior, aunque yo tampoco podía ver, y puse la llave en el contacto. Esperé.

El pie me dolía por la caída, y la espalda, por la postura. Pero seguía sintiendo la ligereza y la fuerza de por la mañana y no dudé ni un momento de que lo que estaba haciendo era lo acertado. Después, oí abrirse la puerta de la casa y a Schwind renegando; el mayordomo que lo ayudaba no le parecía lo bastante rápido ni cuidadoso ni servicial, y no le sentó nada bien tener que rodear la furgoneta y abrir la puerta corredera con bastante esfuerzo. Pero lo consiguió; colocó el cuadro en la zona de carga quejándose, cerró la puerta y, mientras el pestillo encajaba en la cerradura, yo giré la llave de contacto.

El motor se puso en marcha de inmediato, y cuando Schwind comprendió lo que pasaba y se puso a gritar y a golpear la

furgoneta, yo ya había arrancado, y cuando echó a correr, yo ya iba tan deprisa que sólo pudo agarrar la puerta del copiloto y abrirla, pero no consiguió saltar dentro ni ver quién conducía. Por el espejo retrovisor lo vi ir corriendo detrás, cada vez más pequeño, hasta que, por fin, se detuvo.

20

Fui hasta la curva que había por debajo de la casa de Gundlach. Al cabo de un rato, me bajé y di una vuelta alrededor de la furgoneta; abrí y cerré la puerta corredera, y cerré también la puerta del copiloto que no había podido cerrar bien desde dentro después de que Schwind lograra abrirla. No me apetecía ver el cuadro, no sé por qué.

Luego, me quedé allí de pie, esperando. Miré el muro por el que había de aparecer Irene: tenía unos dos metros de alto, estaba enjalbegado en blanco y coronado por tejas rojas. Miré el tupido y alto seto de coníferas de la casa del vecino, que como un muro verde empalmaba con el muro blanco. Miré la valla del terreno de la parte interior de la curva; también era alta y estaba cubierta de hiedra, lo que la hacía tan impenetrable como un muro. Vi el cielo azul y oí a los pájaros en los jardines y a un perro a lo lejos. Todo era paz dominical. Y sin embargo, de pronto, todo me resultó opresivo entre los muros, volví a tener frío, como por la noche, y sentí miedo pero sin saber a qué concretamente. ¿A que Irene no se presentase?

Entonces, Irene apareció. Sentada sobre el muro, clara, resplandeciente y sonriente, se apartó el pelo por detrás de las orejas y saltó. Yo la cogí en brazos y pensé: ahora todo irá bien. Era feliz y pensé que ella también lo era. En realidad, estaba sin aliento y me dejó sostenerla hasta que se sosegó, me dio un beso breve y dijo:

—Tenemos que irnos.

Dijo que quería conducir. Como había fiesta en el pueblo y nos quedaríamos atascados y los otros podrían alcanzarnos, pensaba que era mejor, antes de entrar en el pueblo, tomar la carretera que llevaba a las montañas y dar un rodeo para entrar en la ciudad por la parte del este. Y como los otros no debían encontrar mi coche en el pueblo, yo tendría que bajarme antes de llegar y volver a la ciudad conduciendo mi coche.

—¿Y cómo van a reconocer mi coche?

—Es mejor no correr ningún riesgo.

—¿Riesgo? ¿Qué riesgo hay si voy a una fiesta de un pueblo, bebo vino, dejo mi coche aparcado y tomo un taxi para volver a la ciudad?

—Hazlo por mí, por favor; me sentiré mejor.

—¿Y cuándo nos vemos? ¿Y qué pasa con tus cosas? ¿No tenemos que ir a buscarlas antes de que Schwind vuelva? ¿No hay que sacar el cuadro y dejar la furgoneta antes de que él vaya a la policía?

—Chist —dijo, colocándose la mano sobre la boca—. Yo me ocupo de eso. Y las pocas cosas que tengo en su casa no las necesito.

—¿Cuándo vendrás?

—Luego, cuando haya acabado.

Me dejó con un beso antes de llegar al pueblo y yo fui a buscar mi coche y me marché. Dar el rodeo, llevar el cuadro al lugar que tenía que haber preparado previamente y del que no quería que yo supiera nada, dejar la furgoneta y tomar un taxi... Podría tardar dos horas en llegar a mi casa. Pero antes de que transcurrieran las dos horas, ya estaba angustiado; me puse a recorrer mi piso de un lado al otro, sin parar de mirar por la ventana, y preparé té y me olvidé de sacar las hojas de la tetera y volví a olvidarme de sacarlas cuando preparé uno nuevo. ¿Cómo iba a conseguir Irene manejar el cuadro? ¿No era demasiado pesado? ¿La ayudaría alguien? ¿Quién? ¿O sería capaz de llevarlo ella sola? ¿Por qué no confiaba en mí?

Tras pasar dos horas, encontré una explicación a por qué no había llegado; encontré otra a las tres horas, y otra, a las cuatro. Me pasé la noche encontrando explicaciones e intentando dominar el miedo a que le hubiera ocurrido algo. Con ese miedo intentaba ahuyentar el otro miedo, el de que no viniera porque no quería venir. El miedo a que le hubiera ocurrido algo... Así se angustian el uno por el otro los que se quieren, el amigo por el amigo, y la madre por el hijo.

El miedo me hacía sentirme cerca de Irene, y cuando antes de que amaneciera llamé a los hospitales y a las comisarías, para mí era lo lógico hacerme pasar por su marido.

Cuando amaneció, comprendí que Irene no vendría.

21

El lunes me llamó Gundlach.

—Puede que ya lo sepa por Schwind, pero, para que todo esté en orden, quiero confirmárselo: mi mujer ha desaparecido, y el cuadro también. Mi gente está tratando de averiguar si Schwind ha jugado a dos barajas conmigo. Sea como sea, sus servicios ya no son necesarios.

—Yo nunca he estado a su servicio.

Se rió, dijo «Si es lo que usted cree...», y colgó. Unas semanas más tarde, recibí la noticia de que no tenía ninguna prueba de que Schwind hubiera jugado a dos barajas. Me pareció correcto que me informase. De Schwind no volví a saber nada más.

Averigüé que, desde el día cuya mañana pasamos juntos, Irene no había vuelto a trabajar al Museo de Artesanía, aunque su periodo de voluntariado no había concluido. También averigüé que, además de la vivienda de alquiler que había compartido con Schwind, tenía otro piso en propiedad, del que ni sus amigos ni sus amigas sabían nada... Un escondite. Los vecinos no pudieron recordar cuándo la habían visto por última vez. Hacía mucho tiempo.

Yo me sentía herido, triste y furioso. La echaba de menos y, cuando abría el buzón, a veces pensaba si tendría una carta o una postal suya, pero nunca me escribió.

Una vez, dos años más tarde, me pareció verla. En el barrio de Westend, cerca del bufete, había una casa ocupada por estudiantes que fue desalojada por la policía. La manifestación que se organizó después, en la que participaron miles de personas, pasó junto al bufete y yo me puse a mirar por la ventana. Me asombró lo

animados que estaban los manifestantes, a pesar de la presunta injusticia que los había llevado a la calle; con qué alegría levantaban los puños, con qué orgullo gritaban las consignas, cómo se reían cuando se agarraban del brazo y avanzaban más deprisa. Nadie iba de malas: padres con niños a hombros, madres con niños de la mano, mucha gente joven, estudiantes de secundaria y universitarios, algunos obreros con sus monos, un soldado de uniforme, un hombre con traje y corbata. Entonces la vi o creí verla y salí corriendo de la oficina, escaleras abajo hasta la calle, y avancé entre los manifestantes buscándola; en un par de ocasiones creí que la había encontrado, pero no era ella, y después vi una cara que se le parecía y pensé que me había equivocado al mirar desde la ventana y quise abandonar la búsqueda, pero no lo hice y seguí buscándola hasta que un grupo de manifestantes entró por la fuerza en una casa vacía y la ocupó y la policía intervino y la situación fue poniéndose cada vez más tensa.

En algún momento las heridas cicatrizan. Pero nunca me ha gustado volver a recordar ese asunto. Sobre todo, después de haber comprendido cómo había hecho el ridículo. ¡Cómo pude no darme cuenta de que lo que había empezado con una mentira no podía acabar bien! Yo no era de esos que se ponen al volante de un coche robado; las mujeres que huían de sus maridos y sus amantes trepando muros no eran lo mío; me había dejado utilizar. Cualquier persona en su sano juicio lo habría visto.

La sensación de ridículo y vergüenza por mi proceder se hacía aún más intensa cuando recordaba cómo estuve esperando al pie del muro a ver si Irene aparecía y me quería o si no me quería y no aparecía, con mis gafas de sol, mis escalofríos y mi miedo, y cómo la abracé y me sentí feliz y pensé que ella también lo era. El recuerdo me producía malestar físico.

Siempre me ha consolado la idea de que, si no me hubiera obcecado con aquella historia, el matrimonio con mi mujer no habría funcionado tan bien. A mi mujer le gustaba decir que todo lo malo tiene su lado bueno.

Ya no puede cambiarse nada del pasado. Hace ya mucho tiempo que me he hecho a la idea de que las cosas son así. Pero me cuesta hacerme a la idea de que el pasado no tenga sentido. Quizá todo lo malo tenga su lado bueno, aunque quizá todo lo malo sólo sea malo.

22

El sábado tomé el barco que lleva hasta el fondo de la bahía, a la franja de tierra verde tras la que está el mar abierto. No es que estuviera harto del Jardín Botánico, pero pensaba que no podía ceñirme, un día tras otro, a un entorno tan reducido. Tampoco me he conformado nunca, en mis vacaciones en la costa, con tumbarme al sol; siempre me ha gustado explorar los alrededores y siempre he buscado sitios en la costa con alrededores que explorar.

Durante la travesía pasamos junto a una islita fortificada hace mucho tiempo para una guerra imaginaria con un enemigo imaginario; junto a barcos de guerra, grises y herrumbrosos, que cabeceaban en el agua; junto a casas en la orilla, donde la vida debía de ser fácil y agradable; junto a bosques y alguna playa y puertos deportivos. El sol, el viento y el olor del mar... Era una mañana alegre y los niños corrían incansables de la cubierta de proa a la cubierta de popa, para volver de nuevo a la de proa, donde el viento les daba con especial ímpetu en la cara. Yo me estaba helando, pero era demasiado orgulloso para sentarme en el interior con las personas mayores.

Cuando el barco llegó a puerto y desembarqué y caminé por un promontorio hasta el mar, no me pareció distinto del Atlántico o del Pacífico. Pero me impresionó la idea de que, desde allí, se extendía, por un lado, hasta Chile, y por el otro, hasta la Antártida. Sentí su extensión y su profundidad y, enseguida, el azul del mar me pareció más oscuro y las olas que llegaban con suavidad a la orilla más amenazadoras.

Fui caminando por la playa, hasta que me cansé de la carretera y del tráfico que discurrían a su lado y volví al punto de partida, donde había tumbonas y sombrillas de alquiler. Llevaba una botella de vino tinto en la mochila, unas cuantas manzanas y el libro de la historia de Australia.

La historia de Australia es breve, por lo que el libro abordaba enseguida la historia actual e informaba sobre el clima y las riquezas del subsuelo, la agricultura, la industria y el comercio exterior, el transporte, la cultura y el deporte, las escuelas y universidades, la gastronomía, la constitución y la administración, la demografía, la movilidad geográfica y social, el trabajo profesional y el ocio, los hombres y las mujeres y las tasas de divorcio.

Siempre que estoy en un país extranjero me pregunto si sería más feliz allí. Siempre que voy por la calle y veo en una esquina a unas personas hablando y riendo, pienso que, si viviera allí, también yo estaría tan contento en esa esquina hablando con unas personas. Y si paso por delante de una terraza y un hombre llega a la mesa donde está sentada una mujer y se saludan con alegría, pienso que allí yo también volvería a encontrar a una mujer que se alegrara de estar conmigo y yo me alegraría de estar con ella. Y al anochecer, cuando se iluminan las ventanas... Cada ventana es una promesa de libertad y de cobijo al mismo tiempo: libertad respecto a la vida anterior y cobijo en una nueva vida. En aquel momento, la simple lectura me despertó la nostalgia por otra vida en otro mundo.

No es que yo me haya sentido atado a lo largo de mi vida. Mi mujer y yo formábamos un buen equipo, en el que cada uno gozaba de su libertad. Ella podría haber trabajado, si hubiera querido. Podíamos habernos permitido una niñera. Pero ella no quiso y, sin su contribución, nuestros hijos no habrían llegado a ser lo que son y yo quizá tampoco. Y cuando, más adelante, decidió entrar en la política municipal, sin mi influencia no habría llegado a donde llegó. No, atado no estuve, aunque no habría podido dejarlo todo, casa, familia y despacho, de un día para otro, para empezar de nuevo en otro sitio. Pero los colegas y amigos que en algún momento

abandonaron el matrimonio o la profesión, para encontrar luego a otra mujer más joven y otro trabajo más moderno, una organizadora de eventos treintañera, en vez de un ama de casa cincuentona, y un trabajo de mediador y terapeuta, en vez del de abogado, al cabo de dos años en su nueva vida estaban en el mismo punto que antes, con las mismas peleas con su mujer y los mismos disgustos en el trabajo. No, yo no estaba atado a mi vida; la había elegido voluntariamente y voluntariamente había permanecido aferrado a ella. Tampoco es que no hubiera podido encontrar otra mujer más joven. No soy un galán de cine, pero me mantengo en forma y algo me hubiera podido permitir y algo podría haber ofrecido a una mujer más joven. Pero no quise.

Es extraño lo inevitable y, al tiempo, lo aleatoria que ha sido mi vida: la decisión sobre mi profesión; la decisión de casarme con mi mujer; la decisión de tener un hijo y, luego, otro y, luego, otro más; la decisión de montar un gran bufete... Todo vino rodado. La decisión sobre mi profesión vino dada por mi espíritu de contradicción, y me casé porque no había ninguna razón para no hacerlo. Lo uno me llevó a montar un gran bufete, y lo otro, a tener tres hijos.

23

El lunes me llamó el jefe de la agencia de detectives. Me preguntó si seguía en Sidney y si no quería pasar por su oficina. Se hablaba mejor cara a cara que por teléfono.

Había pasado el domingo en la habitación del hotel. No sé por qué no pude dormir la noche del sábado al domingo, ni por qué estuve viendo las películas que pasaban en la televisión de pago de la habitación del hotel, películas de acción, una de amor, una comedia familiar y una porno; tampoco sé por qué bebí whisky, cuando suelo beber cerveza y vino tinto. Fue como si quisiera emborracharme. En cualquier caso, por la mañana me desperté borracho. Me quedé en la cama y estuve aletargado todo el día. Quería haber llamado a mis hijos, pero al principio era demasiado temprano, y luego, demasiado tarde.

No recuerdo haber llegado a estar borracho nunca y menos aún haberme emborrachado a propósito. Por supuesto que alguna vez he vivido las borracheras de otros. Mi socio Karchinger, educado por su madre en el buen humor renano, podía beber más de la cuenta, pasarse de la raya y meterse con las becarias en los viajes de la empresa. En esas ocasiones yo siempre lo miraba un poco por encima del hombro. También a mi mujer la miraba un poco por encima del hombro cuando se emborrachaba. Es cierto que ni por su carácter ni por las circunstancias de su vida podía ser alcohólica. Lo dejé bien claro no sólo ante la policía, después de su accidente, sino también ante nuestros hijos, que llegaron incluso a hacerme reproches... ¡Como si la commoción en mi vida por su muerte no hubiera sido lo bastante difícil! Pero alguna vez sí que noté un vaho

a alcohol en su aliento y cierta inseguridad en su modo de caminar y de hablar. Cuando ella llegaba así a casa por la noche o cuando yo la encontraba así al llegar a casa, me iba a dormir a mi cuarto de trabajo. Sus ronquidos en esos casos eran insoportables.

Cuando me levanté a última hora de la tarde, me sentí avergonzado. Fui al gimnasio, corrí en la cinta y levanté pesas. Estaba solo y encontré, primero, el interruptor para quitar la música y, luego, el de levantar las persianas. Nunca había visto el puerto y la bahía de aquel modo. El cielo estaba oscuro y lleno de nubes que se amontonaban formando montes y cordilleras. En medio se veían rayos de tormenta, a veces por delante de las nubes y a veces por detrás; a veces, como un trazo tembloroso, y a veces iluminando con un tono verdoso o azulado o blanquecino el borde de las nubes. Sobre el mar de aguas negras bailaban las crestas blancas de las olas. No se veía ninguna embarcación en movimiento.

Me duché, me vestí, tomé el ascensor hasta el vestíbulo y salí del hotel. Al igual que la bahía, también las calles estaban vacías. Una ambulancia con sirena y luces intermitentes pasó cerca, como si la tormenta ya se hubiera cobrado la primera víctima. Por lo demás, todo estaba en calma. No soplaban el viento. Las olas del mar... no las fustigaba la tormenta; las levantaba el mar en ebullición.

La calma previa a la tormenta me pareció opresiva, y su estallido, liberador. Barrió las calles y la plaza de delante del hotel y empujó papeles, vasos, bolsas y latas, que arremolinados en una maraña se perseguían y se adelantaban unos a otros. El aire se tornó frío, y entonces el cielo empezó a descargar hielo, bolitas de granizo que golpeaban ruidosas la marquesina de la entrada, como si quisieran destrozarla. Volví a entrar en el vestíbulo y me quedé mirando cómo el granizo cubría la plaza y las calles, formando una capa blanca que se mantenía en movimiento continuo por la llegada de más bolitas de granizo.

El personal del hotel y los clientes se pusieron a hablar de la gran tormenta de 1999, del diámetro del granizo, de los daños y de

las víctimas. Lo que yo contemplé sólo fue una tormenta pequeña.

Cuando cesó la granizada y empezó a llover, salí. La lluvia caía como una cortina densa y en pocos minutos estaba calado hasta los huesos y tieso de frío. Pero arrastrar los pies sobre el granizo que la lluvia iba derritiendo y chapotear en el agua de modo que las gotas salpicaran alrededor... me producía tal placer que no me molestaban los pies fríos y mojados ni me molestó el dolor en el costado tras resbalar y caer al suelo. Me levanté y fui hasta el puerto, donde la lluvia se confundía con el mar, la tierra y el cielo. Era imponente. Un diluvio.

Luego, la humedad y el frío empezaron a resultarme incómodos y volví al hotel. Acabé el domingo de un modo sensato, dormí tranquilamente y empecé el lunes de forma racional. Cuando el jefe de la agencia de detectives me llamó, tomé un taxi y me dirigí hacia allí.

24

Una secretaria me condujo hasta su despacho; él rodeó la mesa, se acercó a saludarme, me ofreció asiento en una de las sillas que había ante la mesa y volvió a situarse tras ella. Era como lo había imaginado: un hombre mayor, calvo y con barriga. Como todos los hombres de mi edad con calvicie y barriga, me hizo sentirme orgulloso de no tener ni lo uno ni lo otro.

—La hemos encontrado —dijo sentándose cómodamente y esperando una manifestación de elogio por mi parte.

Conozco ese proceder de algunos colegas. Hacen lo que tienen que hacer, lo que se les ha encargado y por lo que se les paga, y no pueden simplemente entregar el resultado, sino que, además, quieren que se les elogie. Algunas veces hasta intentan crear suspense y parece que hay que sacárselo con sacacorchos. A mis colegas del bufete he tenido que quitarles esa mala costumbre. Al jefe de la agencia de detectives no se la iba a poder quitar. Hice un gesto de aprobación y pregunté intrigado:

—¿Dónde está?

—No ha sido fácil. Es cierto que vive aquí desde hace veinte años, pero... —Hizo una pausa, sacudió la cabeza y sólo continuó hablando cuando yo repetí inquisitivamente «¿Pero...?»—. Pero está ilegal. Entró como turista y no se ha preocupado de nada: ni del permiso de residencia, ni del de trabajo, ni de la nacionalidad, ni del seguro de enfermedad, de nada. No hemos hecho un seguimiento de dónde ha estado ni de lo que ha hecho en estos veinte años. Ahora vive en la costa, al norte de aquí, a unas tres o cuatro horas de viaje. Debe de tener dinero en Alemania, porque paga con una

tarjeta de crédito alemana. Por eso ha podido colarse por todos los resquicios. Si hubiera trabajado aquí y hubiera querido abrir una cuenta en el banco y pedir una tarjeta de crédito, habría tenido que presentar papeles de los que no dispone.

—¿Y qué nombre utiliza?

—Irene Adler. Es su apellido de soltera y suena bien en los dos idiomas, tanto en inglés como en alemán. Parece que su inglés es perfecto.

—¿Qué ha sabido usted de su relación con la Art Gallery?

—Que le ofreció al conservador del museo que exhibiera el retrato y él lo aceptó, efectuó las correspondientes indagaciones y no encontró ningún problema. El cuadro se menciona en un catálogo de las primeras obras de Karl Schwind y no figura en el registro mundial de obras de arte perdidas. Entretanto, otros museos han manifestado su interés por la obra y esta semana el *New York Times* publica un artículo largo sobre esa obra maestra que ha vuelto a aparecer.

Todo sonaba como si los detectives hubieran dado con alguien en la Art Gallery que, abusando de la confianza del conservador, hubiera estado mirando las actas, como si hubieran echado un vistazo a los registros de entrada en el país y, por último, hubieran mirado y preguntado aquí y allá para saber dónde vivía Irene. Yo había esperado más. Había esperado enterarme de cómo había vivido, cómo vivía y quién era ahora. Pero en el mismo momento comprendí que esperar aquello era una necedad; yo no había preguntado nada de eso, sólo si el cuadro le pertenecía y si vivía en Australia.

Me dio la dirección: Red Cove en Rock Harbour. Le di las gracias y le pagué sus honorarios. De camino al hotel me compré un par de pantalones de algodón y un par de lino, unos pantalones cortos y varias camisas. El hotel me facilitó un coche de alquiler y, después de hacer las maletas, de dar también allí las gracias y pagar, me puse en marcha.

25

Podía haber llegado a Rock Harbour ese mismo lunes. Tras salir airoso de alguna que otra situación difícil en algún giro y algún adelantamiento, y tras haberme acostumbrado a conducir por la izquierda, continué muy animado, primero por una autopista de seis carriles y luego por una carretera de dos que, a veces a una distancia mayor y otras a una distancia menor, iba siguiendo la línea de la costa. Hasta que de pronto me invadió el desaliento.

Acerqué el coche al arcén, me detuve y bajé. ¿Qué quería yo de Irene Gundlach o Irene Adler? ¿Decirle que aún me sentía herido? ¿Decirle por fin en persona lo que entonces le había dicho con el pensamiento: que no se utiliza a las personas y luego se las abandona? ¿Que yo era entonces demasiado ingenuo y falto de experiencia, pero que ella ya había estado enamorada y que con el amor de otra persona no se juega? ¿Que, al fin y al cabo, podría haberme escrito una carta dándome una explicación que hubiera aliviado mi dolor?

Sólo conseguiría volver a ponerme en ridículo. Habían pasado cuarenta años y a ella le resultaría grotesco que no me hubiera desprendido del pasado. A mí también me parecía grotesco lo presente que estaba aún Irene en mi vida. Para mí era como si el día anterior hubiera estado sentado con ella en aquel banco a orillas del Meno, como si hubiera sido el día anterior cuando estuve esperándola con la furgoneta, como si hubiera sido el día anterior cuando me hizo bajarme antes de llegar al pueblo. Y como si, en el caso de que me sentara con ella en un banco, yo pudiese volver a ser el que era entonces.

¿Sucede eso con las cosas que no se acaban? Pero es que las cosas no se acaban, somos nosotros los que las acabamos. Yo debería haber terminado con aquel episodio de entonces, debería haberle dado un sentido. Que sin Irene no me habría ido tan bien con mi mujer... era algo que quise creer, pero no era cierto. Si había archivado en la memoria la época del colegio y la de la universidad, la muerte de mi madre y a mi padre, que alguna vez fue a visitarme a casa de los abuelos pero luego se fue a Hong Kong y murió allí, como si fueran cosas que fueron así y que no podrían haber sido de otro modo, ¿por qué me empeñaba en pensar que la historia con Irene podría haber transcurrido de un modo diferente?

Me había detenido en una zona alta. Hacia el oeste se extendían unos montes con maleza, arbustos y árboles rectos y achaparrados; los árboles rectos tenían los troncos claros, sin corteza, como si estuvieran desnudos, como si estuvieran enfermos. Hacia el este, tras dos cadenas montañosas, empezaba el mar. Atravesé la carretera y me senté en un terraplén. El mar tenía manchas grises y azules, lisas y rugosas. A lo lejos navegaban dos barcos pero parecía que no avanzaban. Navegar y no avanzar: así me sentía yo. Y luego me dije que el no avanzar era sólo aparente. Quizá yo también avanzaba, aunque no me lo pareciera. Me acordé de las manchas de mi traje y me eché a reír, las manchas que antes me habrían horrorizado y que, tras aquella tarde en el Jardín Botánico, habían dejado de horrorizarme. Sí, avanzaba. En el caso de hacer el ridículo ante Irene Gundlach o Irene Adler, sólo sería como otra mancha más en el traje.

El sol brillaba. Oía a pino y eucalipto. Me pareció que también llegaba el olor del mar lejano. Un soplo leve, húmedo y salado. Oía el canto de las cigarras y, de cuando en cuando, el motor de una sierra en el valle. No, no iba a preocuparme más. Iría a Rock Harbour al día siguiente; hoy buscaría un hotel cerca del mar y contemplaría desde la terraza el espectáculo de la puesta de sol. En Australia en este momento aún es de día, pero dentro de unos

minutos el azul claro del cielo se volverá azul oscuro; luego se volverá negro y será de noche.

26

Rock Harbour tenía cuatro calles, un puerto pequeño con unos cuantos barquitos y yates, un local que era café y oficina de Correos, una agencia inmobiliaria y una escultura de hierro de un soldado, con el pedestal también de hierro, en recuerdo de los caídos en las dos Guerras Mundiales, en la Guerra de Corea y en la de Vietnam. Recorrió las calles. Estaban vacías no por lo temprano de la hora, como pensé al principio, sino porque los veraneantes aún no habían llegado a ocupar las casas de vacaciones. No encontré ninguna calle ni ninguna casa con el nombre de Red Cove. Entré en el local a preguntar.

—¿Adónde quiere ir, a casa de Airien? —El hombre de piel blanca, pelo blanco y ojos rosa que estaba sentado en una silla junto al mostrador dejó el libro que tenía en las manos y se puso de pie. ¿Airien? Irene, tres sílabas cortas, tres vocales claras, tres notas de una canción, tres pasos de vals... Un nombre que quiere ser cantado, que quiere ser bailado. Airien se estira como chicle ya mascado.

—Vive a una hora de aquí. ¿Tiene usted barco?

—He venido en...

—Sólo se puede ir en barco. Puede usted esperarla aquí, pero viene cada quince días y estuvo ayer. Y no se la puede llamar: allí no hay cobertura.

—¿No hay barcos que vayan...?

Se rió.

—¿Una línea de navegación costera? No, no hay. Pero mi hijo puede llevarle en su barco. Y también ir a buscarle, si ya sabe

cuándo quiere volver.

—Llamaría, cuando...

—No, llamar no se puede.

—¿Puede su hijo llevarme ahora mismo y recogerme a última hora de la tarde? —Por fin aquel tipo me había dejado acabar una frase.

Asintió con la cabeza y me invitó a sentarme a una mesa, bajo el alero, a esperar a su hijo Mark. Me senté y le oí llamar por teléfono; luego trajo dos cervezas, se sentó a la mesa y se presentó. Había vivido en Sidney, se había hartado de la ciudad y hacía siete años que se había trasladado allí. Le gustaba el mar, la tranquilidad, el despertar del pueblecito en la temporada de vacaciones, el jaleo de los meses de verano, la posttemporada con los artistas y escritores que podían alquilar casas durante quince días a un precio más barato, y el retorno de la tranquilidad. Todos pasaban por su negocio, las familias jóvenes, los abuelos, los adolescentes y los artistas.

—Vivir donde ella vive no sería lo mío. Es un sitio bonito. Pero la belleza sola... Sin ver ni un alma en kilómetros a la redonda... ¿Y qué le trae por aquí?

—Hace mucho que no nos vemos.

—Eso ya lo sé —dijo riéndose—. Si no, ya nos habríamos conocido. ¿Y cuánto hace que no se ven?

—Muchos años.

No insistió. Llegó Mark, me llevó al barco, una antigua barcaza; puso el motor en marcha y soltó amarras. Se situó en la cabina y se puso a pilotar. Yo me senté en el banco que había delante de la cabina, de cara al sol y al viento. Las montañas y las bahías de la costa parecían todas iguales, el barco subía y bajaba con un movimiento suave y regular, y golpeaba el agua y el motor producía un sonsonete uniforme. Me quedé dormido.